LeBron

NEFELIBATA

JEFF BENEDICT

LeBron

Traducción de Jose López

Duomo ediciones
Barcelona, 2025

Para Gary

Crecí pensando que nos habías abandonado a mamá y a mí. De niño, estaba convencido de que no te importábamos. Ni ella, ni yo. Y ya siendo adulto, me pregunté por qué. Sabía dónde encontrarte. Pero nunca llegué a hacer nada. Luego, a los cuarenta y muchos, conseguí tu número y te llamé. Al responder, me llamaste Hijo. Resultó que tú también estabas a la espera. Viajaste hasta mi casa. Conociste a mi familia. Me estrechaste entre tus brazos. Dijiste que me querías. Dijiste que estabas orgulloso. Todos estos años... Estaba equivocado. Y aprendí que cuando dos adolescentes traen un bebé al mundo, gran parte de la historia queda enterrada. Te quiero. Gracias por ser mi padre. Este es para ti.

1

¿Qué acaba de pasar?

Una procesión de coches grandes, negros y brillantes salieron del aeropuerto de Westchester County y se adentraron en Connecticut, serpenteando por boscosas carreteras secundarias hasta virar y acceder a un camino privado y perfectamente pavimentado, flanqueado por muros de piedra y grandes y frondosos arces y robles. En el asiento trasero de uno de los vehículos, se sentaba un LeBron James de venticinco años acompañado de Savannah Brinson, de veintitrés, su alma gemela desde el instituto y madre de sus dos hijos. Para él, solo ella era capaz de superar el encanto del escenario idílico que aparecía al otro lado de la ventana mientras el coche se detenía en una finca de Greenwich. James salió del vehículo; llevaba gafas de sol oscuras, camiseta blanca y bermudas cargo negras. Miró a su alrededor. La luz dorada del sol previo al atardecer brillaba a través de la valla blanca de la propiedad, iluminando el exuberante césped verde, las balsaminas rosas y púrpuras, y el mantillo achocolatado. Un camino empedrado conducía hasta el extenso edificio de estilo colonial de Nueva Inglaterra. Era jueves, 8 de julio de 2010, y James llegaba justo para ensayar, cenar y relajarse. En pocas horas, aparecería en el especial de la cadena ESPN, en horario de máxima audiencia, para hacer pública su decisión de si quedarse en los Cleveland Cavaliers, o marcharse a uno de los cinco equipos que llevaban más de un año cortejándolo. El jugador de baloncesto más célebre del planeta no pudo prever que, al final de esa misma noche, se convertiría en el atleta más odiado del mundo del deporte.

Más de media docena de personas salieron del resto de vehículos, incluyendo a dos de sus mejores amigos, Maverick Carter, de veintinueve años y Rich Paul, de veintiocho. Ambos eran de los po-

cos que conocían los planes de James. Carter, Paul y el jefe del *staff* de James, Randy Mims, de treinta y un años, han estado con James desde su último año de instituto en Akron, Ohio, cuando LeBron les pidió que trabajaran con él, formando así su círculo de confianza. Inteligentes, ambiciosos y ferozmente leales los unos con los otros, se llamaban a sí mismos «Los Cuatro Jinetes». Mims no los acompañaba en este viaje, pero sí Carter y Paul, que siguieron a James por el empedrado hasta la casa, caminando con cierta arrogancia. Especialmente Carter. Fue él, el compañero de negocios de James y aspirante a magnate, quien le aconsejó que anunciara su decisión de un modo tan descarado. James era el único atleta en toda Norteamérica con la influencia suficiente para que el presidente de ESPN, John Skipper, diera luz verde a una hora de *show* solo para él. Y a Carter le entusiasmó la idea de usar ese poder para que James hiciera algo mucho más revolucionario que simplemente ejercer su derecho, como agente libre, a eligir a un equipo sobre otro. En vez de eso, lo que James estaba a punto de anunciar, era lo más parecido a una declaración de independencia respecto a las garras económicas de los propietarios de los equipos, de los sesgos y de las filtraciones procedentes del periodismo tradicional, y de las dinámicas de poder que históricamente han mantenido a los deportistas –especialmente a los deportistas negros– en el mismo lugar.

Espabilado y con mentalidad empresarial, en aquel entonces Paul se estaba preparando para ser agente deportivo, y le inquietaba el modo en que iban a hacer pública la decisión. Pero había una cosa en la que estaba de acuerdo con Maverick: LeBron estaba a punto de romper el *statu quo*.

Completamente confiado, James afrontó el momento rodeado de sus amigos. Era consciente de su poder de influencia. En siete temporadas en Cleveland, había hecho cosas que ningún otro jugador –ni siquiera Michael Jordan– había hecho nunca. Bautizado como «el Elegido» en la portada de *Sports Illustrated* estando aún en el instituto, y habiendo firmado un contrato con Nike de 90 millones de dólares antes incluso de graduarse, James entró en la NBA como un cometa a los dieciocho años y rápidamente se convirtió en el jugador más joven en la historia de la liga en lograr hitos como alcanzar los 10.000 puntos, 2.500 rebotes, 2.500 asistencias, 700 robos y 300 tapones. Iba en camino de convertirse en el anotador y distribuidor más prolífico jamás visto en este deporte. En 2004, a los diecinueve, se convirtió en

el jugador más joven de la NBA en formar parte del equipo olímpico de baloncesto de los Estados Unidos, y en 2008, a los veintitrés, ganó una medalla de oro. Ese mismo año, produjo su primera película con su recién estrenada productora, firmó su primer contrato editorial e invirtió en Beats Electronics, negocio de Dr. Dre y Jimmy Iovine, el cual acabó comprando Apple. También entabló amistad con dos de los hombres más ricos del mundo, Warren Buffett y Bill Gates, y ambos quedaron impresionados ante la sofisticada red de banqueros y abogados que aconsejaban a James y a su círculo de confianza. De James, Buffett dijo: «Si LeBron saliera a bolsa, yo compraría».

En julio de 2010, los 50 millones de dólares anuales que James ingresaba entre su salario como jugador y sus contratos con patrocinadores eran solo una parte de su creciente cartera de inversión. Su valor iba en camino de alcanzar los mil millones de dólares durante la próxima década. Nunca había habido un jugador profesional de un deporte de equipo en Estados Unidos que fuera milmillonario. James estaba decidido a ser el primero.

En Nike, eclipsó a Tiger Woods como el embajador más valioso de la compañía. Cuando el otoño anterior Woods estrelló su coche contra el árbol de su vecino y vio como su reputación se derrumbaba tras los escándalos de adulterio, las empresas dejaron caer al golfista y gravitaron una tras otra hacia James. American Express, McDonald's, Coca-Cola y Walmart acogieron encantados la auténtica devoción que James sentía por su familia y el constante compromiso con su Akron natal.

Mientras tanto, su fama trascendía al deporte a nivel global. Actuando con Jay-Z, haciendo campaña para Barack Obama, cenando con la directora de *Vogue*, Anna Wintour, realizando sesiones de fotos de Annie Leibovitz con Gisele Bündchen y creando su propia fundación, James participaba en la política, en la moda, en los medios de comunicación y en la filantropía. Y todo, antes de cumplir los veinticinco. En un lapso de tiempo de un año, le dedicaron un reportaje en el *60 Minutes* de la CBS y apareció en las portadas de *Vogue*, *Time*, *Esquire*, *Fortune* y *GQ*. Según un índice sobre celebridades, James sobrepasó a Jay-Z en popularidad. Y Nike convirtió a James en un icono global con anuncios de televisión dignos de Hollywood que mostraban sus habilidades como actor y humorista. Incluso en China y en países de toda Europa, LeBron James se convirtió en un nombre reconocido.

Lo único que James aún no había conseguido era ganar un campeonato de la NBA. Pero también estaba decidido a cambiar eso.

Durante más de un año, dejó claro que cuando su contrato con los Cavaliers terminara tras la temporada 2009-2010, valoraría todas sus opciones y firmaría con la organización que tuviera mayor capacidad para formar un equipo con el que ganar anillos. Todos mostraron interés. El entonces alcalde de Nueva York, Michael Bloomberg, lanzó la campaña «*C'mon LeBron*» en nombre de la ciudad, con mensajes digitales en Times Square y anuncios en las pantallitas de los taxis, con la esperanza de que James se uniera a los Knicks. El multimillonario ruso propietario de los Brooklyn Nets intentó atraerlo ofreciéndole un plan para ayudarlo a convertirse también él en multimillonario. Incluso el presidente Obama se pronunció al respecto, señalando que LeBron encajaría bien en los Bulls, el equipo de su Chicago natal. En las grandes vallas publicitarias de Cleveland se suplicaba a James para que se quedara. En las vallas de Miami, se le rogaba para que viniera.

Como cualquier gran artista, James quería que lo quisieran. Todos ellos. A veces se obsesionaba con la forma en que la gente lo percibía, especialmente cuando se trataba de sus compañeros. El día antes de que James viajara a Greenwich, Kevin Durant, entonces agente libre, usó menos de 140 caracteres en Twitter para anunciar su decisión de firmar una extensión de contrato con los Oklahoma City Thunder. Poco después le explicó a un periodista: «No soy un tipo que quiera estar siempre en el foco, ni ir por ahí aireando mis asuntos». Durant era el mayor rival de James en cuanto a talento. Y el perfil bajo mostrado por Durant suscitó elogios generalizados por parte de los periodistas, muchos de los cuales usaron ese enfoque para atacar a James por el especial de ESPN. «¿Una hora de programa? ¿Qué cojones...?», escribió un comentarista de Fox Sports. Algunos jugadores se sumaron de manera anónima. «Con LeBron, todo gira a su alrededor», le dijo un jugador de la NBA a un periodista. «Afirma que quiere ser uno de los mejores de todos los tiempos, como Jordan, como Kobe. Pero ni Jordan ni Kobe hubiesen hecho esto. Él quiere ser más grande que el propio juego».

James leyó lo que se decía de él. Las constantes comparaciones con Jordan y Kobe ya eran viejas. Pero nada le escocía tanto como que lo llamaran egocéntrico. En su mente, él estaba tratando al baloncesto del mismo modo en que lo hacían los propietarios de los equipos: como un negocio. Los equipos estaban dispuestos a competir para hacerse con sus servicios. ¿Por qué no reunirse con ellos y es-

cuchar sus propuestas? ¿Y por qué no orquestrar la mejor situación posible hablando con otros jugadores con los que unir fuerzas para ganar juntos un campeonato? Eso no era egocentrismo. Era astucia.

Nadie parecía entender el enfoque de James tanto como el presidente de los Miami Heat, Pat Riley. Durante la semana previa al especial de ESPN, James se reunió con más de una docena de ejecutivos de los equipos que luchaban para convencerlo. Riley apareció con sus anillos de campeón, dejando claro que él sí sabía qué se necesitaba para ganarlos. Tampoco le preocupó que James quisiera encargarse él mismo de reclutar a otros jugadores importantes con los que ir a por el campeonato.

Desde el punto de vista profesional, para James estaba claro que Miami era la opción más inteligente. Sin embargo, la idea de abandonar Cleveland le torturaba. Ohio era su hogar. Nunca había vivido en otro sitio. Allí estaba a gusto. Y por razones que pocas personas aparte de su madre entendían, la conexión de James con Akron era tan visceral que le hacía sentirse en deuda con la ciudad que le había hecho ser quien era. Su cabeza le decía que fuera a Miami. Su corazón se aferraba a Akron.

Decidido a no decepcionar a su madre, la llamó horas antes de volar a Greenwich y le contó lo que tenía en mente. Ella le dijo que era él quien iba a tener que vivir con las consecuencias de su decisión. Y lo animó a que hiciera lo que considerara que era mejor para él.

Ansioso por dejar todo el asunto atrás, James sintió alivio al entrar en la casa de Mark Dowley en Greenwich. Vestido con unos *jeans* desteñidos y el polo por fuera, nadie hubiera dicho que Dowley era uno de los socios mayoritarios de William Morris Endeavor (WME), la agencia de talento más influyente de Hollywood. Dowley, estratega de *marketing*, fue quien se encargó de los detalles para el especial de ESPN. James realmente no conocía demasiado a Dowley. Pero Carter sí, y con eso le bastaba a James. Le dio las gracias a Dowley por el recibimiento y por abrirles las puertas de su casa.

Aunque la agencia de Dowley estaba en Los Ángeles, él residía en Greenwich, lo cual fue clave en su deseo de que el evento se celebrara allí. Lo harían en el Boys & Girls Club de la ciudad, y los beneficios del programa de ESPN serían donados a los distintos clubs Boys & Girls de las ciudades cuyos equipos de la NBA habían estado pujando por James.

Dowley presentó al de Akron a su hijo de doce años y sus amigos, todos absolutamente fascinados. También estaban presentes algunos ejecutivos y representantes de ESPN, Nike y otras empresas patrocinadoras. James saludó educadamente a todo el mundo, para luego entrar en una habitación privada y ponerse unos tejanos de diseño y una camisa de cuadros lila, mientras su teléfono sonaba sin cesar, asediado por las notificaciones. Tan solo dos días antes, James se había hecho una cuenta de Twitter. Su primer tuit decía: «Hola, mundo, el auténtico King James "por fin" está en el edificio». Su inminente decisión ya era tendencia en esta red social que se encontraba en pleno auge. También lo estaban avasallando con mensajes de texto. Uno era de Kanye West: «¿Dónde estás?».

Después de hacer el ridículo en la gala de los Grammy arruinándole el momento a Taylor Swift, West desapareció una temporada, recluyéndose en Hawái y trabajando en su quinto álbum de estudio, *My Beautiful Dark Twisted Fantasy*. Entusiasmado por estar presente en la decisión de James, West viajó hasta Greenwich. En ese momento se encontraba buscando la casa de Dowley. Sin avisar al dueño, James le envió a West la dirección antes de sentarse con Carter y con el presentador, Jim Gray, para preparar el programa. Al cabo de poco, alguien llamó a la puerta. Pasmado, el hijo de Dowley soltó de golpe: «¡Kanye está aquí!». De repente, el ensayo había pasado de tener un perfil bajo a parecer el inicio de una fiesta.

James conoció a Kanye a través de Jay-Z. Eran amigos. James era amigo de muchos raperos y artistas de hiphop. A ellos les gustaba estar en la órbita de James. Le daban pases de *backstage* para sus conciertos. Lo invitaban a sus fiestas. Se sentaban en primera fila en los partidos. Incluso lo mencionaban en sus letras. En muchos aspectos, no solo querían ser amigos de LeBron, sino que querían ser LeBron. Como estrella del baloncesto, su fama los superaba a todos. Y es que James se encontraba en la cúspide de un nuevo mundo de posibilidades que se abrían ante él. Mientras salía de la casa acompañado por su séquito y se subían a la furgoneta que iría escoltada por la policía hasta el Boys & Girls Club de Greenwich, a James le asaltó una pregunta: «¿Cómo un niño de Akron ha llegado hasta aquí?».

El aparcamiento frente al club estaba abarrotado de furgones con grandes antenas y generadores zumbando. Miles de personas lle-

naban las calles vistiendo camisetas de la NBA y portando carteles –«VEN A LOS NETS»–. Grupos de fans esperaban coreando «*Let's go Knicks*» mientras un guardia de tráfico con un megáfono intentaba sin éxito que retrocedieran. La furgoneta de James dobló la esquina; iba precedida de policías en motocicleta, como si se tratara de una carroza en un desfile nocturno. Los *flashes* de las cámaras y los móviles se sumaban a la amarillenta luz de las farolas de la calle, mezclándose con las luces rojas y azules de la policía y los focos blancos del exterior de la casa, creando un caleidoscopio de colores y sirenas.

Dentro de la furgoneta, James estaba inquieto, pensando en su salida de los Cavaliers. En voz baja, le dijo a Carter: «Deja que lo sepan».

«Estamos en directo con ustedes desde Greenwich, Connecticut», anunciaba un locutor desde el estudio de ESPN en Bristol, mientras se mostraban imágenes del caos formado en el exterior.

Con el *Empire State of Mind* de Jay-Z sonando por unos altavoces, los niños gritaron apuntando a LeBron y a Kanye cuando estos salieron del vehículo. Los hijos adolescentes de los inversores y banqueros de Wall Street se regocijaban porque esa noche su ciudad era el centro del universo baloncestístico.

Gigi Barter, estudiante de primaria, sintió el agobio nada más llegar con sus hermanos mayores. «¿Qué está pasando?», preguntó entre el griterío.

Sus hermanos la habían estado llevando al club durante años, pero nunca habían visto a tanta gente fuera. Exaltados, sus hermanos le explicaron que LeBron James estaba en la ciudad para anunciar que fichaba por los Knicks. Iba a ser genial.

Una vez dentro, Gigi se encontró con una cara conocida. El hombre que dirige el club se aseguró de que tuviera un asiento en la zona acordonada para los jóvenes socios. La situó cerca del centro para que pudiera ver a James perfectamente.

Minutos antes de las 9:00 de la noche, James se encontraba justo fuera del gimnasio con Savannah Brinson. También estaba Kanye, con gafas de sol oscuras, una chaqueta negra y zapatillas multicolor. Dowley pululaba alrededor, asegurándose de que todo estaba a punto. Rich Paul llamó a los Cavaliers para informar al equipo que LeBron se marchaba. Para Paul, aquello era como un divorcio, y nunca es fácil romper con tu pareja. En un intento por suavizar el golpe, le dijo al *general manager* del equipo que era una decisión de negocios, en ningún caso personal.

Eso no importaba. El propietario, Dan Gilbert, enfureció. Cuatro años atrás había intentado atar a James con un contrato de cinco años que hubiera evitado todo esto, pero James había insistido en firmar un acuerdo por solo tres cursos. «Cuando dijo: "Voy a firmar por tres años" deberíamos haber tenido cojones para decirle: "Ni hablar"», le comentó Gilbert a un periodista. «Deberíamos haberle dicho: "Que te jodan. Vete. Veremos qué pasa"».

Mientras Paul lidiaba con los Cavs, James se mantenía concentrado con Brinson hasta que un productor de ESPN con pinganillo les avisó de que era el momento.

«Deséame suerte», le dijo James a Brinson. Le dio un beso y la abrazó. Antes de marcharse, le enseñó los dientes y le pidió que comprobara que no tenía restos de comida.

A Brinson le encantaba cada vez que la hacía reir. Le dio el visto bueno y lo empujó hacia el gimnasio.

Jim Gray se sentó en una silla de director colocada en el escenario montado para la ocasión en el centro del gimnasio. James se sentó en otra silla idéntica justo frente a él. Bajo una canasta, unos sesenta y cinco niños y niñas se encontraban sentados en sillas plegables. Bajo la canasta contraria y junto a las paredes, unos cien adultos trajeados y sentados en sillas. Varios agentes de policía permanecían en pie junto a la entrada. A pesar de su dilatada experiencia como profesional, Gray parecía desconcertado. James también parecía algo incómodo. Con los focos sobre ellos, ambos estaban sudando. Una maquilladora les repasó la frente. Sin ninguna indicación previa, la audiencia permaneció silenciosa como si aquello se tratara de un funeral.

Desde Bristol, Stuart Scott de ESPN anunciaba a los espectadores que en apenas unos minutos conocerían la decisión de James. Las preguntas iniciales de Gray sonaron algo forzadas. Y el tiempo se arrastraba mientras James respondía con vaguedades. Finalmente, tras treinta minutos de programa, Gray dijo:

–La respuesta a la pregunta que todo el mundo quiere saber... LeBron, ¿cuál es tu decisión?

–Este otoño... Tío, esto es muy duro. Eh... este otoño voy a llevar mi talento a South Beach para unirme a los Miami Heat.

En el gimnasio se oyeron jadeos y gritos ahogados. Gray parecía no estar muy seguro de qué decir a continuación. Fue como si al-

guien hubiera pausado la televisión en directo. En el exterior, estallaron los abucheos.

Los gritos y los abucheos reverberaron en los bares de deportes desde Nueva York hasta Los Ángeles. En Cleveland, hubo lágrimas de incredulidad. Las ocho palabras de James –«Voy a llevar mi talento a South Beach»– habían golpeado a la NBA y a sus fans.

–¿Cómo se lo explicas a la gente de Cleveland? –preguntó Gray.

–Sinceramente, es muy difícil –explicó James–. Nunca he querido abandonar Cleveland... Y mi corazón siempre va a estar allí.

En cuestión de minutos, los fans en Cleveland salieron a la calle y prendieron fuego a sus camisetas de LeBron mientras proferían insultos.

Ajeno a lo que estaba ocurriendo en su tierra, James se puso en pie y bajó de la tarima que hacía de escenario. Accedió a sacarse fotos con los niños y les hizo un gesto para que se acercaran. Ellos corrieron a rodearlo.

Los más mayores la dejaron atrás, pero Gigi Barter sintió como, de repente, se alzaba en el aire. El hombre que dirigía el club se la alcanzó a James, que la acomodó sobre sus hombros. Con las manos de James sujetándole las suyas, Gigi le agarró los pulgares. Radiante, la pequeña no podía creerse que estuviera sentada en los hombros de LeBron James. «Yo era la persona más pequeña en la sala», explicó más tarde. «Y me sentí como la persona más alta del mundo. Literalmente sentí que podía tocar el cielo».

Rodeado de niños y niñas, James sonrió a la cámara.

Cuando se marcharon los niños, James tomó asiento para ofrecer una entrevista al periodista deportivo Michael Wilbon, que se encontraba en el estudio de ESPN.

–Tengo que preguntarlo –dijo Wilbon–. Ahora mismo en Cleveland hay gente quemando camisetas tuyas. De hecho, tenemos imágenes en vídeo.

James miró el monitor. Las llamas consumían las camisetas con su nombre y su número. La voz de Wilbon seguía hablándole por el auricular:

–Si estás viendo las imágenes... ¿Cómo te sientes con lo que está pasando?

–Una de las cosas que no quería hacer era tomar una decisión emocional –explicó–. He hecho lo que creo que es mejor para LeBron

James, y lo que LeBron James debe hacer para ser feliz. Míralo desde el otro lado. Llegado a cierto punto, los Cavs hubiesen querido deshacerse de mí. ¿Acaso mi familia hubiese querido echar abajo su organización? Por supuesto que no.

En televisión y en redes sociales, había empezado el escarnio contra James.

«Está hecho todo un narcisista», dijo un destacado periodista de baloncesto en ESPN.

Otro periodista describió el programa como «vergonzoso».

Otro importante periodista tildó a LeBron de «ególatra absoluto».

Uno de los productores de David Letterman anunció en Twitter: «Estoy siguiendo el especial de LeBron James con mi hija de 2 años. Quiero que vea el momento exacto en el que nuestra sociedad tocó fondo».

Se estaban burlando incluso de Jim Gray. «Los preliminares de Jim Gray, tan placenteros como siempre imaginé que serían», tuiteó el humorista Seth Meyers.

El crítico de medios de *Sports Illustrated* se refirió a la entrevista de Gray como «a eso le llamo yo muñir bien la vaca».

De vuelta a la casa de Dowley, el CEO de su agencia llamó desde Los Ángeles para felicitarle por el éxito del *show*. Había sido el programa de estudio con mayor audiencia de la historia de ESPN. Trece millones de personas estaban conectadas cuando James pronunció las palabras: «Llevar mi talento a South Beach». Mientras tanto, los clubs Boys & Girls de seis ciudades estaban recibiendo un récord de donaciones para mejorar sus instalaciones. Pero nadie hablaba de eso, porque James se estaba convirtiendo, en vivo y en directo, en un villano sin corazón. El *New York Times* acababa de publicar un artículo *online* en el que declaraba a Miami «el nuevo Imperio del Mal» y criticaba a James por su «búsqueda mercenaria de anillos de campeón».

«Lo hicimos con la mejor de las intenciones», explicó Dowley años después. «Pero nadie se acuerda de que donamos 5 millones de dólares a los clubs Boys & Girls. No supimos gestionarlo bien y eso pasó desapercibido».

James se encontraba a bordo del avión privado con el que volaría de noche hacia Miami, cuando el propietario de los Cavaliers, Dan Gilbert, desató su enfado. Publicó un comunicado, en tipografía Comic Sans, en la página web del equipo. Decía así:

Querida Cleveland:

Como ya sabéis, nuestro antiguo héroe, que creció en la misma región que esta noche ha abandonado, ha dejado de ser un Cleveland Cavalier.

La noticia se ha anunciado tras varios días de autobombo narcisista, y ha culminado en un programa especial de televisión a nivel nacional dedicado a su «decisión», algo nunca visto en la historia del deporte, ni probablemente en la historia del entretenimiento...

No os merecéis esta traición tan cobarde. Así de simple.

El comunicado seguía denunciando a James por «la vergonzosa traición y egoísmo mostrado» y su «acto insensible y despiadado» que «representa exactamente lo opuesto a lo que queremos enseñar a nuestros jóvenes». Miembros del cuerpo de policía acudieron al exterior del pabellón de los Cavaliers para evitar que algunos vándalos echaran abajo la pancarta gigante de James que colgaba del edificio, mientras Gilbert terminaba su arenga con un sentido «Buenas noches, Cleveland».

Nadie se sintió peor por la situación en Cleveland que Maverick Carter. Autoproclamado líder e ideólogo del grandilocuente plan para el anuncio, Carter no supo calcular las consecuencias de este. Tras el baño de realidad, quería desaparecer, meterse en algún agujero en el que no ver ni oír nada.

Ese era un lujo que James no podía permitirse. Ya en pleno vuelo, dijo: «Joder, ¿qué diablos acaba de pasar?».

Nadie dijo nada. Rich Paul había compartido muchos viajes en avión con James y con Carter. Y en ninguno de ellos había estado tan incómodo.

«La cagamos», dijo Carter, recordándolo años más tarde. Pero en aquel momento, estaba demasiado aturdido para ser consciente.

Asediado, James se encerró en sí mismo. Como gran fan que era de los personajes mafiosos del cine y de la televisión, había memorizado diálogos de escenas memorables, como cuando Tony Soprano se sintió vulnerable y arremetió contra su *consigliere* por fallar a la hora de protegerlo:

No tienes ni puta idea de lo que es ser un número uno. Cada decisión que tomas afecta a cada faceta de todas las demás cosas, joder. Es demasiado con lo que lidiar. Y al final, estás completamente solo con todo ello.

A James le encantaba *Los Soprano*, especialmente Tony. Pero James no se parecía en nada a ese personaje de ficción. Para empezar, a James no le gustaba la confrontación. En vez de arremeter contra Carter, se mordió la lengua. Además, sabía que Carter se sentía herido. No había motivo para encarnizarse. Por otro lado, James valoraba las relaciones personales por encima de todo lo demás. Él y Carter habían sido los mejores amigos desde los catorce años, cuando eran compañeros de equipo. Él veía a Carter más como a un hermano que como a un socio empresarial. Y no iba a hacer o a decir nada –ya fuera en privado o en público– que sirviera para distanciarse de la decisión de participar en el programa de ESPN. Eso solo avergonzaría más a Carter. En vez de eso, James se dispuso a recibir el golpe por el error de cálculo de su amigo.

Lo de Dan Gilbert era otra historia. Había atacado a James deliberadamente y a nivel personal, además de burlarse de sus motivos. Dejar Ohio había sido la decisión más dura y dolorosa que James había tomado desde que entró en la NBA. Akron era el único lugar en el que había vivido. Allí se había enamorado. Allí habían nacido sus hijos. Allí había construido el hogar con el que siempre había soñado junto a Savannah. Estaban tan ligados a esa casa que tenían planeado seguir viviendo allí incluso después de haber firmado el contrato con los Heat. Aun así, de un modo extraño, leer la carta de Gilbert anestesió el dolor de haber escogido a los Heat en vez de a los Cavaliers y le reafirmó en que había tomado la decisión correcta. «Creo que nunca le importé de verdad», se dijo James a sí mismo.

Alrededor de las 3:00 de la madrugada, el avión aterrizó en Miami. Pat Riley lo esperaba, allí mismo, en la pista. Exhausto y emocionalmente agotado, James bajó del avión y se abrazó a Riley, descansando la cabeza en su hombro. A continuación, James y Brinson subieron a un todoterreno. Cogidos de la mano, observaron la oscura noche de Florida al otro lado de la ventanilla. James estaba a punto de descubrir cómo era ser el enemigo público número uno en cada ciudad de la NBA que no fuera Miami.

Mientras se alejaban de la pista de aterrizaje, Savannah puso las cosas en perspectiva con un recordatorio muy simple: «Has pasado por cosas peores que esta. Mucho peores».